

(Transcripción)

Roma, octubre 1948

### **Eran tiempos de guerra<sup>1</sup>**

Eran tiempos de guerra.

Todo se derrumbaba ante nosotras, jóvenes apegadas a nuestros sueños para el futuro: casa, escuela, personas queridas, carrera.

El Señor pronunciaba con los acontecimientos una de sus palabras eternas: «Todo es vanidad, nada más que vanidad...».

De aquella devastación total y múltiple de todo lo que formaba parte de nuestro pobre corazón, nació nuestro ideal.

Veíamos a otros jóvenes entregarse, con entusiasmo sincero, por la salvación y el futuro mejor de la Patria.

Era fácil hablar de ideal en aquella vida muerta a todo lo que humanamente podía atraer.

Nosotras sentíamos que un solo ideal era verdadero, inmortal: Dios.

Ante el desmoronamiento provocado por el odio, se mostró, vivísimo, a nuestra joven mente Aquel que no muere.

Y lo vimos y lo amamos en su esencia: «Deus caritas est».

Ratificó nuestros pensamientos y nuestras aspiraciones, otra hija que en otros tiempos, no muy distintos de los nuestros, supo iluminar con su luz divina las tinieblas del pecado y caldear los corazones helados por el egoísmo, el odio, los rencores: Clara de Asís.

También ella vio como nosotros la vanidad del mundo, porque Francisco de Asís, vivo ejemplo de pobreza, la había educado a «perderlo todo para ganar a Cristo».

También ella, escapando del castillo de los Scifi en plena noche para ir a la Porciúncula y antes de deponer sus ricos brocados, a la pregunta que le hizo el Santo: «Hija, ¿qué quieres?», ella contestó: «a Dios».

Nos impactó el que una jovencita de dieciocho años, tan guapa, llena de esperanzas, supiese encerrar todos los deseos de su corazón en el único Ser digno de nuestro amor.

Y también nosotras, igual que ella, sentimos el mismo deseo.

Y dijimos: «Dios es nuestro ideal. ¿Cómo entregarnos a él totalmente?».

Él había dicho: «Ámame con todo el corazón...».

¿Cómo amarlo?

«El que me ama observará mis mandamientos. Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Nos miramos unas a otras y sin titubeos decidimos «amarnos para amarlo».

Cuanto más se vive el Evangelio, más se comprende.

---

<sup>1</sup> Publicado en la revista «Fides», 48 (1948), n. 10, pp. 279-280.

Antes de lanzarnos a la vida -como los niños se lanzan al juego-, la Palabra de Dios no era totalmente oscura para nosotras; sin embargo, no era viva para nuestra inteligencia, ni sagrada para el corazón.

En cambio ahora, cada día se descubría algo nuevo en el Evangelio, que se había vuelto nuestro único libro, la única luz de vida.

Entendíamos claramente que en el amor está todo, que el amor mutuo “debía” ser la llamada extrema de Jesús para los que le habían seguido; que sólo el “consumarse en uno” podía ser la última oración de Jesús al Padre, síntesis suprema de la Buena Nueva.

Jesús sabía que la Santísima Trinidad era dicha eterna y él, Hombre-Dios venido a redimir a la humanidad, quería conducir a todos los que amaba a la com-Unidad de los Tres.

Aquella era su Patria, aquella la patria de los hermanos que había amado hasta derramar su sangre.

«Consumarnos en uno»: se convirtió en el programa de nuestra vida para poder amarlo.

Pero donde dos o tres están unidos en su nombre, Él está en medio de ellos.

Sentíamos su divina presencia, cada vez que la unidad triunfaba por encima de nuestras naturalezas sumamente rebeldes; presencia de su luz, de su amor, de su fuerza.

Jesús entre nosotros.

La primera pequeña sociedad de hermanos, verdaderos discípulos suyos estaba formada.

Jesús, vínculo de unidad.

Jesús, rey de cada corazón porque la vida de unidad supone la muerte perfecta del yo.

Jesús, rey del pequeño grupo de personas.

Y decíamos ya al principio: «Sí, el Evangelio es la solución de cada problema individual y de todo problema social».

Y si lo era para nosotras -que nos fundió en un corazón solo y en una mente sola-, podía serlo para otros, para todos.

No era difícil. Era suficiente poner en el propio corazón lo que Jesús hubiera deseado si estuviese en nosotros; pensar cada cosa como Jesús la hubiera pensado; en otras palabras, reencarnar el Evangelio en la propia vida, cumplir la voluntad divina, diferente para cada uno y sin embargo procedente del mismo Dios, como los muchos rayos que proceden del mismo sol; y la unidad estaba hecha.

La fe y el amor, que vivía Él en nosotros, nos acercaron a todos aquellos que cada día nos hacía encontrar; y este amor espontánea y libremente, los atrajo al mismo ideal.

Nunca pensamos en hacer apostolado. Esta palabra no nos gustaba. Algunos habían abusado de ella deformándola. Tan sólo queríamos amar para amarlo.

Y pronto nos dimos cuenta de que éste era el verdadero apostolado.

Siete, quince, quinientos, mil, tres mil personas de todas las vocaciones, de diferentes condiciones. Cada día aumentaban alrededor de Jesús en medio nuestro.

Nuestra humanidad, clavada en la cruz por la vida de unidad, los atraía a todos.

Unidad perfecta vivía y vive entre estas almas esparcidas ya por toda Italia y más allá.

Unidad no sólo espiritual, en la apasionada búsqueda de ser otro Jesús, sino también unidad práctica.

Todo en común: cosas, casas, alimentos y enseres, dinero.

Y reina la paz, es el paraíso en la tierra.

La vida cambia.

En toda la ciudad no hay una oficina, escuela, tienda, empresa donde no trabaje un hermano o una hermana de la unidad.

De ellos irradia, como el sol, la vida de caridad que crea un nuevo clima sobrenatural, apaga odios, rencores. Muchas familias se reconcilian en paz, otras inician su camino teniendo en el corazón el Ideal. Realmente empieza una época nueva: «la era de Jesús».

Y todo ello porque el único principio, el único medio, el único fin es Jesús.

Jesús “en” nosotros. Jesús “entre” nosotros.

Jesús, objeto final del tiempo y de la eternidad.

Que se devanen las mentes humanas en busca de una solución al drama de hoy. No la encontrarán si no es en Jesús. No sólo en Jesús que vive en el interior de cada uno, sino en Jesús que reina “entre” las personas.

Éstas no tienen tiempo de discutir porque, a los que están y permanecen unidos en su nombre, muestra con absoluta claridad lo que “se debe hacer” para devolverle al mundo la paz verdadera.

Hay un *porro unum necessarium*<sup>2</sup> del alma en su relación con Dios.

Hay un *porro unum necessarium* del alma en su relación con los prójimos, que es amarlos como a sí mismo hasta consumarse en uno aquí, en la tierra, a la espera de la perfecta consumación de las almas en el Uno, Jesús, en el Cielo.

Es la Comunidad cristiana.

---

<sup>2</sup> «...porro unum est necessarium» («una sola cosa es necesaria» Lc 10, 42). La cita, in latín, se usaba con frecuencia en los primeros tiempos del Movimiento.